

EMPEZARÉ EL VIERNES EN LA NOCHE

A HORA COMO EN 1913, estoy lleno de inquietud. Se aproxima el día en que la Compañía Nacional de Arte Típico va a empezar su temporada. En 1913 yo era un desconocido, ahora temo el haber sido olvidado. En 1913, una Compañía formada por un grupo de ilusos que se imaginaban que la celebridad era todo, presentó en el Coliseo una obra mía, la primera de una ya dilatada serie sobre asuntos camperos, los únicos que yo era capaz de abordar. La primera obra, la primera Compañía, el primer paso: una audacia inefable en una época que estaba llena de espectáculos óptimos. En aquella fecha nació el auténtico teatro nacional: la Compañía y el autor acertaron. No los meció la celebridad, pero acertaron. Ahora, el viernes 25 en la noche, emprendo otra jornada teatral. ¿La última? No lo sé. Escribí la obra para la presentación. Se llama "Las Luminarias de Mayo". La Compañía ha sido formada casi por mí. Ahora el director es Raúl Hort, entonces lo fué el maestro Urzúa Rozas. También ahora voy a la aventura. Voy a presentar un teatro de leyenda, de costumbres, un teatro donde la vida marche sin conrapeso, en que el bestia sea compañero de la flor y la estrella, del alma. Yo quisiera dar al público toda su alegría, todo lo que sintelizara sus recuerdos óptimos: el cuento que lo hechizó cuando pequeño, el primer relato que lo hizo estremecerse, lo primero que lo hizo vibrar. Quisiera entregarle aspectos de Chile con entera claridad y belleza, iluminar lo que aparece borroso en el libro y en la pintura. Quisiera sugerirle la vida del campo en toda su vibración, con la belleza infinita con que yo la veía cuando empezaba desde predios de asombro a mirarla, a beberla...

En 1913 tuve la audacia de presentar por primera vez en Chile el auténtico teatro rústico, con sus problemas. Entonces sólo se soñaba con la "Alta Comedia". Los autores buscaban su inspiración de segunda mano. Yo les abrí el camino de Chile que muy pocos pudieron seguir auténticamente. El campo era trágico; hoy es lamentable. Entonces yo luchaba con mi dolor como bandera. Mi dolor de ahora consiste en ver que la vida sigue incongruente y que nadie se pone de acuerdo para nada. Quisiera dar lo bello de la vida a los seres enloquecidos por antagonismos, a veces inconfesables. Decirles que hay algo más hermoso que sus odios y que sus ambiciones terminarán como las de todos los hombres bajo las sombras agudas y misteriosas de un bosque de cipreses... Yo quiero ver al público, a través de mi temporada, un poco niño y un poco hombre, unido a él por el nexo de la bondad y del valor para vivir. Es posible que no sea capaz de cumplir esta jornada de arte, de optimismo, con exactitud, ni que tampoco lo consigan mis colaboradores. Luego, yo no soy pontífice ni taumaturgo; pero creo que nos acercaremos en gran parte porque todos sentimos que hay que dar paz aunque sea ficticia...

¡Son tan hermosos y heroicos los rodeos y al mismo tiempo tan terribles! Lindas son las trillas, los "santos", las leyendas y los episodios de historia. En las obras a presentar no tendrán cabida la muerte que no sea bella ni el dolor sin remedio. Serán obras llenas de caminos, de cantos, de sonrisas, de color. Cuentos de hadas con personajes chilenos que actuarán en planos de realidad. ¡Son tan bonitas, a pesar de nosotros, las cosas de Chile!

Cuando empecé, mi Compañía y yo éramos desconocidos. Recuerdo, como si fuera ahora, a un grupo de aficionados muy populares que en la puerta del



ACEVEDO HERNANDEZ

Coliseo, la noche de mi primera presentación, le decían al público que el conjunto era una Compañía de bandidos y el autor un desconocido que venía del presidio. Ahora nadie podrá decir esos horrores. Acaso puedan decir otros. De todos modos, yo le ruego al público que no crea nada que sea malo. Necesito de su optimismo y buena voluntad, necesito de su ayuda, que pido con franqueza por primera vez y sin recordarle que toda mi vida he estado a su servicio. En aquella época —1913— no podía dirigirme al público, era un autor que entraba de contrabando. Ahora soy "el conocido autor". En mi primera compañía no había nadie a quien señalar, todos eran —como le he dicho— han desconocidos como yo. Ahora tengo a Elena Puebla, Carmen Heredia, Blanca Vargas, Marcela Fuentes, Raúl Hort, Miguel Arce, Lucho Tapia, Humberto Soto, Alfonso Jorquera y otros especializados en el trabajo que harán. Además, tengo un grupo de guitarristas encabezados por el maestro Saúdy Flores, autor de "La Palomita", y la arpista María Galaz, y material nuevo... No trabajo en Santiago, propiamente dicho, sino en Quinta Normal, la Comuna del esfuerzo máximo, a donde las chimeneas forman bosques y el factor hombre es genitor de todo lo grande; pero también me permito invitar al público santiaguino... Tengo una Compañía grande y estoy seguro de convencer de que es una gran Compañía. Ahora, una palabra sobre

la obra de presentación: LAS LUMINARIAS DE MAYO.

Es una obra basada en nuestro folklore. Señala una faz de la famosa fiesta de "La Exaltación de la Santa Cruz", el gran símbolo de nuestra civilización y que se celebra con cantos y luminarias que decoran con fantástica luz la noche. Las luminarias son llamas votivas que unen a los seres humanos que se reúnen bajo las estrellas en esa noche de mayo, para abrazarse por única vez en un canto y en un fervor. Las llamas de las luminarias se elevan al cielo como las de los sacrificios de los antiguos pueblos que adoraban al fuego. Danzan y cantan los campesinos chilenos, se aman en la pureza de un rito. Eso es lo divino y extrahumano. Lo netamente humano es la fiesta de las guitarras que sigue al canto y al coro de la Santa Cruz que avanza por todos los caminos y enlaza todos los ranchos en su quimera que se resuelve en dadas que se piden y que se ofrecen y que, una vez colectadas, sirven para hacer fiestas que suelen durar toda la semana. El ser humano es interesado, aquí se esconde detrás de la Cruz para medrar; pero es una sola vez en el año... La obra es gráfica y expresa las dos partes: la divina y la humana, pero en sus aspectos más óptimos. Allí está la montaña chilena con todas sus pasiones y alegrías. Hay risa y emoción, color y movimiento, cantos y bailes, es... algo que yo he escrito para mostrar un aspecto de nuestra montaña que vibrará con sus cantos y sus costumbres, sus bizarrías y sus terrores; su sentimiento del amor y del sacrificio y sus matices de cromo borracho de color... ¿Argumento? ¿Tienen argumento organizado las cosas de la vida? Cuadros vivos con el nexo de la realidad teatral: sucederes posibles encarnados en tipos también posibles. Nada más...

Escribo estas palabras para decirle al público que emprendo, treinta años después de haber dado la norma de lo que debía ser el teatro chileno, una nueva etapa. Ahora no doy normas —no podría dárlas. Solamente señalo un aspecto de la vida chilena que permanece sin haber sido tomado en cuenta por los autores chilenos que han preferido avanzar siempre por los predios de lo trascendental o escandalosamente comercial. Nada más. Confío en la comprensión de los chilenos y algo en su tolerancia. Creo que no me abandonará ahora después de haberme acompañado tanto tiempo. Quiero verlo bajo la carpeta del Teatro Móvil N.º 1 el viernes 25, en cuya noche tiraré el dado de este arte, dado que será tal vez el único de mi juego de autor.

A. ACEVEDO HERNANDEZ